

**EN ESTE NUMERO:**

- LA REORGANIZACION PASTORAL, UN DESAFIO A LA IGLESIA, por Fr. M. Castellar Benlloch (pp. 11-15).
- LA IGLESIA EN ESPAÑA, Y LAS RELACIONES CON ROMA DURANTE LA II REPUBLICA, por Víctor Manuel Arbeloa (pp. 16-18).
- LOVAINA: EL MOVIMIENTO DE «FE Y CONSTITUCION», EN UNA HORA CRUCIAL DE SU TRAYECTORIA, por Antonio M. Javierre (pp. 19-23).

**editorial****AL TERMINAR EL SINODO MUNDIAL**

19 NOV. 1971

SE escribe este editorial al filo mismo de la clausura del Sínodo. Retrasando incluso la tradicional fecha de salida de INCUNABLE, el 10 de cada mes. Y esa misma indecisión nuestra, imponiendo una espera «a ver cómo terminaba», dice algo de la borrosa fisonomía que en no pocas de sus etapas ha tenido. Difícil, por tanto, dar un juicio de valor cuando acaba de cerrarse. Pero obligado dedicarle el editorial de este número.

Para empezar proclamando de la manera más resuelta que la celebración del Sínodo se impone. Ni con todos los defectos que se quieran señalar, ni con las limitaciones que se han puesto de manifiesto, puede discutirse que sea muy conveniente que se reúnan representantes del Episcopado de todo el mundo. Sus indecisiones, el contraste de sus pareceres, la lentitud de los trabajos... antes muestran lo oportuno de la reunión que son argumentos para que no se celebre. Porque significan que las cosas se ven de muy diferente manera en unos países y otros; que muchos tópicos que se repiten, no tienen luego confirmación; que el asesoramiento de todos es una garantía preciosa para el buen gobierno; que sería necio no aprovechar la oportunidad que ofrece la era de las comunicaciones en que vivimos para unificar criterios y estudiar juntos las cuestiones. Si hay defectos, que los ha habido, que se corrijan. No se ha inventado otro medio mejor de perfeccionar algo, que irlo realizando una y otra vez, depurando las técnicas. Pero dejarse llevar por el desaliento, invocando imperfecciones, sería humanamente un desastre y sobrenaturalmente una inconsecuencia. Creemos en el Sínodo como elemento unificador de la Iglesia. Y respaldamos con nuestro peso, pequeñísimo desde luego, su celebración.

Todo habría resultado más fácil y más brillante si los temas hubiesen sido otros, de no tanto compromiso. Con haber hablado de las nuevas normas para la administración del sacramento de la Confirmación estábamos todos al cabo de la calle. Pero se optó por la valentía, por enfrentarse con los dos temas más polémicos y más vivos que hay hoy. No creemos que lo niegue nadie: hubo una gran valentía. Que tenía forzosamente que tener como consecuencia unas dificultades. No es lo mismo montar un espectáculo con tigres que con perritos falderos. El público capta la diferencia. Por eso a nadie se le ocurre decepcionarse si el domador de tigres no alcanza a hacer lo que el otro con sus perrillos. La elección de temas de esa importancia tenía que notarse. Pero preferimos que el Sínodo haya resultado menos brillante a que se hubiera ido en el temario por lo fácil y lo no comprometido.

Una vez más se ha comprobado la increíble velocidad con que estamos viviendo los cambios en la Iglesia. Las «primeras figuras» del Concilio quedaban

en un segundo plano, ante el fortísimo desgaste que llevan consigo los nuevos tiempos. El ambiente, también muy diverso. El Sínodo, sin embargo, ha sabido mantenerse por encima de modas y corrientes, y ha señalado con fuerza su fidelidad al espíritu y la letra del Concilio.

Se han confirmado cosas que ya sabíamos, por otras asambleas semejantes, en lo religioso y fuera de ello. La dificultad de las actuaciones colegiales, su lentitud, su tendencia al compromiso. La presión que puede ejercer la opinión, obligando, por ejemplo, a centrarse sobre un punto como el del celibato, cuando tantos otros importantísimos estaban esperando. La tensión que, en la Iglesia como en todos los Estados, tiene forzosamente que surgir entre el técnico y el gobernante, en este caso entre teólogos y obispos. La tendencia irremediable de toda reunión, por augusta que sea, hacia la exposición que hace cada uno de su caso más o menos personal. La dificultad de conciliar las indicaciones hechas a un representante con la capacidad de éste para poder ser flexible, y modificar su posición ante los datos que le ofrece una discusión... Problemas que hoy se plantean con no menos urgencia políticos y técnicos de toda Administración pública. Pero que habrá que intentar solucionar de la mejor manera posible.

Pero sería injusto olvidar la nota más destacada, la que diferenciaba el Sínodo de otras reuniones importantes. La presencia y el papel del Papa. En plena desorientación, a él miraban todos. Esta es la verdad. Y cuando llegó el discurso de clausura, tan realista, tan ponderado, tan esperanzador, tan fraternal, tan grato, se vio que el regalo que Cristo hizo a su Iglesia no fue pequeño. Los Padres descansaban en el Papa. Y con ellos, miles de obispos y sacerdotes, millones de fieles, que veían en su palabra un elemento de seguridad. Estaban con él... y se alegraban de verle asesorado por un organismo como el Sínodo, universal y autorizado.

Ya sabemos que no está de moda hablar bien de la Iglesia. Que sería estar al día verter amargura con esta ocasión, como con tantas otras. Pero al terminar esta reunión del Sínodo nosotros preguntaríamos: ¿Qué confesión religiosa se ha planteado en el mundo con tanta decisión sus propios problemas? ¿Qué organización ha pasado con mayor rapidez de una reverencia extrema, llevada a la exageración, como era tantas veces la nuestra, al espíritu de libertad, de crítica sincera, de franqueza, con que se ha vivido en el Sínodo? No todo son aciertos en esta etapa. Es verdad. Pero nadie podrá negar a la Iglesia un sincero deseo, llevado hasta límites de valentía otrora apenas concebibles ni soñables, su deseo de acertar. Y acertará. Se lo prometió Jesucristo al darle la asistencia de su Espíritu.

INCUNABLE.